

# ¿HA OCURRIDO UNA REVOLUCIÓN EN VENEZUELA?

Tomás Straka

*En la historia de Venezuela hay dos criterios, al menos, para calificar a un movimiento político de revolucionario: ¿Se hicieron irreversibles los cambios que produjo? ¿Logró su ideología convencer a todo el mundo? La Independencia, las revoluciones liberales del siglo XIX y las revoluciones reformistas-nacionalistas de mediados del siglo XX pasan estas pruebas. ¿Y la revolución bolivariana?*

VENEZUELA experimentó, sólo en los primeros setenta años de su vida republicana, más de treinta «revoluciones» —con las comillas y, sin ellas, más de un centenar de alzamientos menores— según el cálculo de Manuel Landaeta Rosales. Ninguna, sin embargo, pasaría la prueba de serlo, si se aplica el rasero convencional, al menos desde mediados del siglo XIX: el inicio violento de una nueva realidad política, social y económica radicalmente distinta y éticamente superior a la anterior. ¿Por qué, entonces, la insistencia en usar el nombre? Si fuera sólo eso, una etiqueta, difícilmente hubiera gozado, y aún gozara para algunos, de tan buena reputación. Para colmo, a principios del siglo XXI la idea de la revolución vuelve a florecer y a generar en los observadores inquietudes muy parecidas a las experimentadas por sus abuelas y bisabuelas del siglo XIX: primero, sobre la naturaleza auténticamente revolucionaria de lo que ocurre; segundo, sobre la bondad —o no— intrínseca de la revolución, de toda revolución; tercero, sobre el crédito que tiene la idea entre

los venezolanos, al punto de que todas las banderías quieren etiquetarse con ella. Responder estas inquietudes tal vez ayude a entender lo que de novedad o tradición hay en la «revolución» bolivariana y su propuesta del socialismo del siglo XXI.

## Historia, filosofía y revolución

La palabra «revolución» evoca un conjunto de imágenes y valores a los que tendencialmente se les han atribuido una carga positiva. La revolución, por naturaleza, es buena, dicho esto con toda la aprehensión que pueda generar una categoría tan imprecisa. Históricamente, el receptor promedio ha considerado que con la revolución su vida puede mejorar, indistintamente de lo que eso significara según sus necesidades y anhelos. Como señaló Hannah Arendt en su famoso tratado, a mediados del siglo XVII el término empezó a usarse en el mundo anglosajón para aquellos movimientos destinados a restituir un orden de legalidad usurpado por algún poder tiránico. Era una imagen que venía de la astronomía y

ejemplificaba la idea de vuelta, de retorno, a un punto de partida anterior. Tales fueron las revoluciones inglesa de 1688 y estadounidense de 1776. Además, revolución equivalía al principio del tiranicidio en el mundo católico.

Los franceses de 1789 sentían, con razón, que también estaban derrocando a un gobierno tiránico; pero, como no tenían un estado de legalidad y libertad al que regresar, su opción no fue otra que crear uno nuevo. La velocidad y el alcance de los procesos desatados, y la manera como derrumbaron instituciones y valores —monarquía, nobleza, jerarquías feudales, hasta la cristiandad— que se creían eternos, los impresionaron lo suficiente para considerar aquello una inflexión fundamental en la historia, para concluir que con una revolución se crea un mundo nuevo y mejor. Tal será en adelante la diferencia entre la «libertad a la inglesa», de rescate de los derechos perdidos, y la «libertad a la francesa», de conquista de un provenir aún no ensayado.

A partir del siglo XVIII en casi todos los pueblos de Occidente hubo quienes

Tomás Straka es historiador y profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

soñaron con su propia Revolución francesa. El asunto era cómo lograrlo: ¿fue un fenómeno único e irreplicable, o se podría reproducir? La respuesta vendría de una nueva disciplina que nace por aquellos días (aunque sus antecedentes se remontan a San Agustín): la filosofía de la historia, que intentará darle al devenir humano un esquema de desarrollo global, unas leyes históricas que le sirvieran de definición. Había sido creada como un esfuerzo de los europeos para comprender dos novedades que los tenían confundidos: el hecho de que la humanidad había experimentado diversas formas de desarrollo histórico, comprobado con las noticias que la expansión colonial arrojaba sobre la vastedad y complejidad del mundo, y los cambios gigantescos que la Revolución francesa y la Revolución industrial habían producido.

Del mismo modo como las leyes de la naturaleza explican por qué el cosmos, la vida y la materia se desenvuelven de un modo determinado, permitiendo así predecir o reproducir sus fenómenos, las leyes de la historia harían otro tanto con la vida de los hombres. El matrimonio entre la revolución y la filosofía de la historia se produjo rápido, y ha sido largo y feliz. Las revoluciones van a ocurrir necesariamente en determinadas circunstancias (lo que Lenin llamó las «condiciones objetivas y subjetivas»). Y no sólo eso: las revoluciones generan cambios positivos, porque la historia progresa, porque acerca el futuro y éste siempre será mejor.

### La revolución en Venezuela

Piénsese ahora en tres «revoluciones» venezolanas, de las muchas que pueden mencionarse: la de Gregorio Cedeño, que se alzó en 1879 en la llamada Revolución Reivindicadora, para acabar con la reacción antiguzmancista de Francisco Linares Alcántara; la de José Manuel «el Mocho» Hernández, que se rebeló contra el fraude electoral que le perpetraron en 1898 y que la historia ha llamado la Revolución de Queipa; y, más famosa que las anteriores, la de los veteranos del Ejército Libertador cuando le dieron un golpe a José María Vargas en 1835, nada menos que para solicitar cargos en el gobierno y entronizar el catolicismo como religión de Estado en la Revolución de las Reformas: la primera en titularse a sí misma de esa manera.

¿Parecen Cedeño, Carujo, Hernández, hasta Mariño, hombres penetrados por estas reflexiones históricas y

filosóficas? Sus inquietudes son de carácter laboral (que los veteranos tengan cargos), simple pretorianismo (¿por qué van a gobernar los civiles y no los que peleamos y ganamos en Ayacucho y Junín?), compromisos caudillistas (reivindicar al Ilustre) o indignación (tomar las armas contra un fraude). No parecen albergar alguna mira trascendental. Entonces, ¿por qué usaron la palabra revolución? ¿Por simple astucia y deseo de manipular? Muy probablemente, siempre es mejor decir que se está haciendo una revolución que rindiendo tributo a una ambición de poder. Pero esto también lleva a otra cosa: ¿por qué es mejor decir que se está haciendo una revolución?

Hay que recordar que la opinión pública venezolana —por tal, entonces, se consideraba sólo la letrada, pero

### Cuando un caudillo llamaba a lo suyo «revolución» sabía que la colectividad, incluso los campesinos analfabetas, entenderían el tipo de promesa que estaba haciendo

al cabo era la que dirigía el Estado y la economía— actuaba como parte esencial de Occidente: recibía y asumía sus valores, a veces como simple mimesis, pero en muchas otras ocasiones actuando en su mismo universo cultural. O lo que es lo mismo: cuando un caudillo llamaba a lo suyo «revolución» sabía que la colectividad, incluso los campesinos analfabetas, entenderían el tipo de promesa que estaba haciendo.

Eso no fue así desde el principio. De hecho, la élite que declara la independencia y funda la república entre 1810 y 1811 se cuida mucho de llamar aquello revolución. Para aquellos patriotas e ideólogos, revolución suena a lo que ha pasado en Francia, que entonces se recuerda por dos cosas: el Terror jacobino y los alzamientos de esclavos en Haití. Obviamente, no quieren esas revoluciones para Venezuela, pues su modelo es el de Estados Unidos. Su sueño es seguir el camino de los felices plantadores del sur: establecer un régimen de legalidad y libertades, con sus esclavitudes tranquilas y sus puertos llenos de café y cacao para la exportación. El problema es que de alguna manera la revolución estalla. Por supuesto, como siempre pasa: como no lo esperaban.

Aunque no tuvieran un programa claro las esclavitudes y los sectores medios, casi todos de color, se alzan en una guerra social y racial («la guerra de co-

lores») que prácticamente acaba con la élite. La pardocracia, como la llama Bolívar, es el deseo de «igualdad absoluta, tanto en lo público como en lo doméstico», no sólo de «igualdad legal»; es, se espanta Bolívar, «la inclinación natural y única para exterminio después de la clase privilegiada», como lo expresó en una carta a Francisco de Paula Santander fechada el 7 de abril de 1825. Por algo los primeros en usar la palabra revolución fueron sus oponentes; es decir, los realistas que querían resaltar el estado de anarquía y destrucción que sacudía al país. Sólo de manera no oficial y tímidamente los primeros patriotas empezaron a llamar así a la suya.

Eso cambia hacia 1820. Entonces aparece una nueva generación de letrados y funcionarios. Son liberales y algunos empiezan a ser románticos. Se

han criado durante la independencia o durante el liberalismo gaditano, y ahora están entusiasmados con la revolución liberal española que estalla aquel año. A su juicio, Bolívar y su grupo son demasiado conservadores. No tienen tantas prevenciones con la pardocracia; no han conocido —porque eran muy niños o porque estaban fuera del país— la rebelión de Boves. La Revolución francesa es para ellos un hecho glorioso y no las degollinas de jacobinos, blancos o negros. Todo esto los lleva a reevaluar la idea de revolución en términos positivos. Además, han comenzado a leer filosofía de la historia.

Los grandes historiadores de la época —Lamartine, Niebhur, Gizot y Thierry— y los filósofos idealistas empiezan a ser trajinados con interés. Son los que terminarán fundando el Partido Liberal e imponiendo algunas de las certezas fundamentales del pensamiento político —sobre todo del pensamiento del hombre común— venezolano, en ocasiones hasta la actualidad. Basta leer al hijo de uno de ellos, Antonio Guzmán Blanco (su papá es Antonio Leocadio Guzmán), para ver hasta qué punto estas ideas se lograron expandir. A inicios de la Guerra Federal, cuando aún no es más que el redactor del periódico de su ejército, escribe: «Las revoluciones son grandes esfuerzos del mundo moral, obedeciendo a leyes superiores, como las físicas»; y lo

# Que nada te detenga

En el IESA encontrarás las herramientas necesarias para desarrollar tus conocimientos e impulsar tu liderazgo a través de nuestros Diplomados, Programas y Cursos

## Programa de preparación para el *Chartered financial analyst CFA*

Proporcionar la base teórica y apoyo práctico para la presentación del examen de Nivel I que permite obtener la designación profesional de CFA

**Inicio** 13 de Julio 2011,

**Duración** 4 meses

**Lugar** IESA Caracas

### Mayor información:

(0212) 555 4234 | 4459 | 4236 | 4254 | 4461

Fax (0212) 555 4491 / 552 8132

[cdg@iesa.edu.ve](mailto:cdg@iesa.edu.ve)

[www.iesa.edu.ve](http://www.iesa.edu.ve)



escribe porque las circunstancias «nos han obligado a traer a la discusión las luces de la filosofía i de la historia» (*El Eco del Ejército*, Barquisimeto, 7 de septiembre de 1859).

Que los resultados y las intenciones de estas revoluciones no fueran los esperados, no pareció haber sido problema: todos cuantos se alzaron, del letrado Guzmán Blanco al popular Mocho Hernández, del enguantado Manuel Antonio Matos al Taita Crespo, todos querrán presentarse de la misma manera: como líderes de un movimiento inevitable, que responde a una lógica

### «Las revoluciones son grandes esfuerzos del mundo moral, obedeciendo a leyes superiores, como las físicas», escribió Antonio Guzmán Blanco en 1859

y una justicia histórica superior e inapreciable. Por supuesto, no todos lo pueden explicar con la soltura de Guzmán, pero algo de ello habrá llegado a las mayorías y funciona como un dispositivo de legitimación. ¿No es en el fondo lo que plantearán los revolucionarios socialistas del siglo XX? ¿No es lo que plantean los del siglo XXI? Aunque sería un error afirmar que entre los liberales románticos, los guerrilleros de la década de 1960 y los líderes del socialismo del siglo XXI no hay soluciones de continuidad, al menos en dos aspectos existe la posibilidad de que sea así: el hecho de que el pensamiento revolucionario mantuviera sus elementos esenciales desde el romanticismo (más allá del intento marxista de ser científico y superar a los utópicos) y el prestigio de la palabra revolución para concitar esperanzas entre los venezolanos.

Leer el debate de Cecilio Acosta con Ildefonso Riera Aguinalde en 1868, en el que el primero propone la evolución lenta pero segura, producto del trabajo y el estudio, frente al segundo que afirma, por poner un ejemplo, que «Alejandro con la espada, o lo que es igual, la revolución con el nombre de Alejandro, derrota al Asia, que es inmóvil, y hace triunfar a Occidente, que es progresivo»; que cuantos hicieron algo notable en la historia, de los romanos a Simón Bolívar, habían sido revolucionarios porque «así progresan los pueblos, Tullius [seudónimo de Acosta], por medio de las revoluciones»; de alguna manera presagia a Carlos Rangel y su *Del buen salvaje al buen revolucionario*, publicado en 1975. No es cuestión de entrar en la solvencia de sus tesis, sino de constatar cómo en

cientos años, con las modificaciones del caso, el debate se mantuvo vigente. Cómo se lo mantiene hasta hoy.

#### Las revoluciones nacionales

Esto lleva a las otras dos inquietudes planteadas al principio: con tanto discurso revolucionario, con tanto prestigio, ¿es posible que de verdad ninguna revolución venezolana lo haya sido realmente? ¿Puede un embeleco durar tanto? Esto se asocia con las expectativas frente a la revolución. Si se acepta que sólo son revoluciones las que hacen surgir un mundo nuevo y mejor,

de forma violenta y rápida, será difícil clasificar como tal hasta la bolchevique de 1917. Pero si se ven las cosas con más moderación, el panorama cambia.

La teoría leninista acierta, al menos en lo fundamental, cuando describe una situación revolucionaria y explica qué hacer para aprovecharla y tomar el poder. Lo que, de cara a los hechos, no ha recibido un aval similar es la idea de necesidad histórica y la confianza en que sus resultados siempre desembocan en un mundo éticamente superior (lo que tampoco implica que las revoluciones no hayan generado unos cuantos cambios muy positivos, como pretenden algunos extremistas). Si se aceptan estos parámetros es más fácil responder la cuestión sobre la existencia o no de revoluciones venezolanas.

El historiador Manuel Caballero, por ejemplo, sostuvo, en *Las crisis de la Venezuela contemporánea* (1998), que en la vida republicana han ocurrido dos grandes revoluciones nacionales «a la venezolana»: la que encabeza Guzmán Blanco en 1870 y la de Rómulo Betancourt en 1945. Para entrar en este grupo se requieren dos cosas: (1) que su objetivo no sea desplazar del poder a un régimen (o a un gobierno, recuérdese cómo los liberales se mataron entre sí a finales del siglo XIX) sino transformar la sociedad entera y (2) que genere cambios tan irreversibles y profundos que logren hacer de su ideología una «ideología nacional»; es decir, así como pasó con las reformas liberales de Guzmán Blanco o con la democracia de Betancourt, que en la posteridad todos consideren «normales» aquellos cambios. Así las cosas, si se aplican los mismos crite-

rios a la Independencia, que inició el desmontaje de la monarquía, impuso el republicanismo, derogó el sistema de castas y el estamental, implantó las libertades económicas de imprenta y desplazamiento, y sentó las bases para la abolición de la esclavitud, se estaría también ante otra revolución.

Se puede decir, entonces, que hay al menos tres revoluciones venezolanas, entre las centenares que se han titulado así. Incluso encajan en el esquema general latinoamericano de tres «generaciones» (o «ciclos», si se acepta la categoría leninista) de revoluciones: la Independencia, las liberales de mediados del siglo XIX y las reformistas-nacionalistas de mediados del siglo XX. Es natural que quienes las midieron desde la perspectiva extremadamente optimista que viene del romanticismo se sintieran cuando menos defraudados por ellas. No «tomaron el cielo por asalto»; simplemente —si se acepta la tesis de Germán Carrera Damas— empujaron las cosas hacia una sociedad liberal y democrática, y hacia una economía capitalista. No puede afirmarse, tajantemente, que hayan fundado el reino de la felicidad; de hecho, los problemas siguieron siendo graves, pero por algo los venezolanos nunca han sentido nostalgia por lo que dejaron atrás. Es obvio que los contrincantes de Betancourt y Guzmán dudaran del carácter revolucionario de sus gestiones: como quiera que la palabra lleva una connotación positiva, no podían adosársela a ellos. Aquello de la Revolución Liberal, de la Regeneración o de la Gloriosa Revolución de Octubre tuvo demasiado de propaganda para ser tragado por los desafectos. Pero si se deja el fenómeno dentro de los márgenes propuestos por Caballero, la balanza se inclina a su favor.

Hoy se habla de una revolución socialista, cosa que también puede entrar en el esquema como una cuarta generación, anhelada y, según sus seguidores, definitiva, que hasta el momento sólo se ha dado en Cuba. ¿Lo será realmente? Habrá que esperar si los cambios que produce se hacen irreversibles y si su ideología logra convencer a todo el mundo. Ahora bien, en el caso de que ambas cosas ocurran finalmente, aunque sus resultados disten de ser alentadores y no llegue a crear una realidad nueva y éticamente superior, ¿dejaría de serlo? Acá es donde entra la pregunta fundamental: ¿dónde están las pruebas de que esa es la misión histórica de una revolución? **E**